

Ciudades itinerantes: la construcción de una categoría.

Nombre: Josué Efraín Herrera Orea.

Grado: Maestro en Relaciones Internacionales.

Afiliación: doctorante en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

País: México.

Correos: jherreraorea@gmail.com 2231802692@alumnos.xoc.uam.mx

Resumen.

Esta presentación forma parte del proyecto de investigación para la realización de una tesis doctoral titulada «El ecosistema deportivo global del siglo XXI». Este se define como las interacciones diferenciadas del conjunto de actores que participan en el deporte contemporáneo, visibilizadas en los mega eventos deportivos que se materializan en el reacomodo de determinados espacios urbanos conectados a procesos globales y cosmopolitas en donde ocurre la planeación, organización y ejecución de estos. El argumento central de la investigación señala que el ecosistema deportivo global se refleja de manera específica en los espacios urbanos globales y cosmopolitas sedes de los mega eventos deportivos, generando dinámicas relacionales entre sus diferentes participantes, los cuales propician una particular gobernanza temporal del espacio urbano generando consecuencias de carácter político, económico y cultural. En este sentido, el proyecto pretende aportar una nueva categorización del espacio urbano bajo el concepto de la ciudad itinerante. Esta ponencia intentará mostrar el camino hasta ahora recorrido hacia la construcción de dicha categoría.

Ciudad y Globalización.

Fernando Vallespín (2000) realiza un diagnóstico sobre el Estado moderno en el que se identifica su posible transformación o una cesura fundamental. La tesis que sostiene asevera que en medio de la globalización ocurre una reorganización del concepto de soberanía estatal, la cual coincide con una incapacidad creciente por parte de los mismos Estados para estructurar sus sociedades. Asimismo, sobreviene un indudable proceso de desestatalización, la cual tiene una traducción

en términos retraimiento de su autonomía al interior de sus sociedades. No obstante, el peso específico de los Estados no ha dejado de importar. Julio Sevares (2014) señala, en este sentido, que los Estados son los actores que legalizan la apertura y la globalización por lo que el retroceso, retraimiento, reorganización o autonegación del Estado es en gran medida voluntario.

Siguiendo con esta línea, Saskia Sassen (2012) afirma que la inserción de lo global en los territorios nacionales requiere una eliminación parcial de sus circunscripciones y, por tanto, supone una participación necesaria del Estado, aun cuando implica su renuncia como ente regulador. Esta situación refleja una adaptación del Estado a nuevas condiciones, así como una negociación mediante la cual el Estado coloca las bases para la conversión de elementos nacionales en globales, así como la legislación de nuevos derechos que ejercen estos elementos globales al interior de la soberanía estatal. Específicamente, la autora arroja la hipótesis sobre la desnacionalización que afirma que “pese a ser formalmente nacionales, algunos componentes de las instituciones nacionales no son tales en el sentido histórico del término” (Sassen, 2012, p.68).

El énfasis puesto en lo territorial permite reconocer la importancia de la escala subnacional como elementos de los procesos globales. Sassen se pregunta sobre la importancia de recuperar las categorías del lugar, los procesos concretos y localizados, los caracteres específicos de una geografía de territorios estratégicos. Sobre la pertinencia del énfasis en la escala urbana argumenta que:

Hoy en día, en el comienzo de un nuevo siglo, la ciudad resurge como espacio estratégico para entender tendencias críticas en la reconfiguración del orden social. Tanto la ciudad como la región metropolitana constituyen lugares estratégicos para la materialización de ciertas tendencias macrosociales importantes y, por lo tanto, se pueden constituir en objeto de estudio.

Construyendo sobre esa idea, se observa que con la concentración del poder económico a causa de la globalización ha tenido como consecuencia el posicionamiento clave de las grandes ciudades como lugares clave para la gestión

y control de diversos aspectos de la globalización. Estas nuevas formas de centralización son resultado de la dispersión espacial de la producción y la reorganización de la industria financiera sucedida desde la década de 1980. Al respecto, las ciudades globales son entendidos como nodos de servicios centralizados para la gestión y regulación de la nueva economía espacial que cuentan con una jerarquía transterritorial (Sassen, 1991).

En este sentido, las grandes ciudades se colocan como nodos en los que se tejen distintos procesos. Los cuales, en el marco de la globalización, operan, precisamente, globalmente, cruzando fronteras y trascendiendo los límites del nivel nacional o regional. Al respecto, vale la pena recuperar la obra de Henri Lefebvre sobre la ciudad. El sociólogo francés explica como la reproducción de las relaciones de producción implica la expansión de las bases materiales del capitalismo, creando nuevos sectores, tanto de producción, así como de explotación y dominación, tales como el ocio, el arte y la urbanización. Al argumenta que las fuerzas productivas cuentan con tal cantidad de poder que logran producir espacio. Por tanto, si el espacio se produce, habrá que cuestionar las contradicciones y conflictos relacionados a esta dinámica (Lefebvre, 2014).

Lefebvre (2017) plantea que el urbanismo impulsado por el Estado, de mano del capital, formaba una estrategia alineada con la producción y la racionalización del espacio, resultando en la mercantilización de la vida urbana y en la marginación constante de las clases populares hacia las periferias. En ese contexto, Lefebvre reivindica el derecho a la ciudad como el regreso de la clase obrera a la ciudad como protagonista de la producción del espacio, beneficiaria de su valor de uso y de la cotidianidad no enajenada. Uno de los puntos señalados por Lefebvre es la dinámica entre integración y segregación observada en la ciudad. La primera es fomentada a través del mercado, la ideología del consumo entendida como acceso al consumo, que pretende ser unitaria y cargada de valores supuestamente universales y transversal a todas las clases que se planifica desde el Estado. La segunda, estos esfuerzos integradores proyectan la separación a partir de la zonificación, la formación de guetos obreros y barrios destinados a otras funciones.

En este punto Lefebvre retoma una discusión planteada por Michel Foucault (Foucault, 1999) en la que contrasta las utopías con lo que llama heterotopías. La utopía es aquel emplazamiento sin lugar real, es la sociedad perfeccionada pero última y esencialmente irreal. Por otro lado, la heterotopía es un lugar real, pero, a la vez, “otro”. Se trata de lugares en donde se colocan a las personas con comportamientos que se alejan del comportamiento promedio. Foucault hace énfasis en las clínicas psiquiátricas, en las cárceles y en las residencias de ancianos.

A partir de lo anterior, se logran contrastar maneras de entender la ciudad. Lefebvre argumenta que la producción de espacio tiene como una de sus características la producción de espacios diferenciados, algunos dominados y otros apropiados que se relacionan con distintas perspectivas. Una de ellas, la isotopía se entiende como proyecto que tiende a la homogeneidad, son lugares de lo idéntico, resultado de la absorción y asimilación dentro de la unidad urbana. No obstante, la isotopía tiende a la exclusión de lo diferente. Este punto, como ya se mencionó, corresponde a la heterotopía materializada en las periferias, barrios marginales en las que surge lo criminal y lo prohibido, pero también el contra-espacio, entendido como resistencia, reclamo social y rebeldía (Castro-Martínez, 2021).

Vinculado con lo anterior y llevando la discusión al siglo XXI, se encuentran las aportaciones del geógrafo marxista, David Harvey (2014) pone a Lefebvre frente al momento histórico del nuevo milenio y, particularmente, ante el contexto de la crisis del 2008. Para empezar, señala el viraje en la agencia del cambio revolucionario. Mientras que, en el siglo XX, la clase obrera era el estandarte de la emancipación, en tiempos contemporáneos las fábricas se han reducido y, con ello, la clase obrera clásica se ha diezmado. Actualmente, se registra una masa diversa de trabajadores eventuales, desorganizados y mal pagados. Harvey llama a esta nueva masa “precariado” y se pregunta cómo podría autoorganizarse y convertirse en una fuerza que promueva el cambio.

Siguiendo con la lectura que Harvey hace de Lefebvre, cuestiona si la reivindicación del derecho a la ciudad supone exigir un derecho caduco. El factor determinante,

en este sentido, es definir quién llena de significado el derecho a la ciudad. ¿Serán los representantes de la oligarquía o serán las grandes mayorías desfavorecidas?

Mega eventos.

El punto en donde interactúan los participantes del deporte contemporáneo son los mega eventos, tales como los Juegos Olímpicos o la copa mundial de la FIFA. Roche (2000) los define como acontecimientos culturales que pueden ser deportivos o comerciales a gran escala con un gran atractivo popular y de relevancia internacional. El autor, además, les asigna un carácter dramático. Asimismo, su organización combina gestiones gubernamentales y no gubernamentales de índole internacional, por lo que decirse que son elementos importantes de las versiones “oficiales” de la cultura pública.

Los mega eventos deportivos, han sido espacios activos de la política aproximadamente desde el festejo de los Juegos Olímpicos de Tokio 1960. Desde el punto de vista de gobiernos y ciudades sede, el evento supone una ventana promocional con potenciales beneficios para su reputación y su capacidad de influencia. Por otro lado, la exposición que brindan permite que actores distintos a los estatales se logren expresar a modo de protesta aprovechando que se encuentran en el punto de atención de los medios de comunicación (Horne, 2017). La imagen paradigmática de esto es la de los estadounidenses Tommie Smith y John Carlos con el puño en alto, símbolo del *black power*, en el pódium de los 200 metros planos durante los Juegos Olímpicos de México 1968.

Así como el desarrollo del deporte ha correspondido al desarrollo de los asuntos internacionales, las implicaciones que le acarrea la globalización son, de alguna manera, inevitables. Al respecto, el intento de generar ideales con aspiraciones universales junto con la puesta en marcha de mega eventos con una cobertura mediática amplia crea un cultivo particularmente representativo de la globalidad. De esta manera, los mega eventos generan espacios culturales que invitan a una disolución de las distancias espaciotemporales participando de una especie de

conciencia colectiva que se observa en los aspectos ceremoniales del deporte, dando paso a la noción de la “aldea global”. Un aspecto clave que no debe dejarse atrás es la participación de los medios de comunicación como responsables de difundir los mensajes y simbolismos mencionados, así como promover la estandarización cultural en términos de consumo (Roche, 2006).

Considerando lo anterior, es posible sugerir que los mega eventos deportivos son elementos importantes en la orientación de las naciones hacia la sociedad internacional o global. También, se puede decir que han desempeñado un papel importante en la transformación del entorno urbano moderno. De ahí que el deporte, en su forma de mega evento, pase a ser un elemento cada vez más central, y no periférico, de la modernidad urbana (Horne & Manzenreiter, 2006).

Eichberg (2004) señala que el movimiento olímpico se ha forjado como una representación de la cultura y del deporte anglo-occidental que difícilmente acepta influencias de otras expresiones culturales. En este sentido, el olimpismo moderno concentra las características del liberalismo burgués de promoción de la individualidad competitiva, de la igualdad garantizada por la racionalidad institucional y la fraternidad resultante de la asociación entre pares.

Al respecto, el modelo olímpico generado durante los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984 cuenta con una serie de rasgos particulares relacionadas con la hegemonía estadounidense. En primer lugar, se encuentra lo que Ritzer (1983) nombra como McDonaldización de la sociedad. Es decir, un nuevo proceso de racionalización de la sociedad, particularmente la estadounidense, que ya no sigue los parámetros de racionalización por la vía de la burocracia explicados por Max Weber. De manera similar, Tomlinson (2004) sugiere pensar que los Juegos Olímpicos han pasado a una etapa de Disneyficación en la cual se promueve el individualismo optimista, la evasión, la fantasía, la inocencia, el romance, etc. Asimismo, esta etapa de Disneyficación se caracteriza por contar con espacios reconvertidos a imagen y semejanza del parque temático de atracciones. En este sentido, Tomlinson argumenta que los parques olímpicos son diseñados conforme a estas especificaciones.

De manera similar, Hannigan (1998) hace referencia a la “ciudad fantástica”. Menciona que para finales de la década de 1990 casi todas las grandes compañías de entretenimiento habían establecido un equipo de desarrollo para evaluar, planificar e iniciar proyectos de destinos de ocio urbano. Dichos proyectos indican, señala Hannigan, la creación de una nueva economía urbana enraizada en el turismo, el deporte, la cultura y el entretenimiento. Dicho autor explica que el auge de la ciudad fantástica se debe a la convergencia de la racionalización del funcionamiento de las industrias del entretenimiento, la conversión de las ciudades respecto al paradigma del parque de atracciones y la sinergia del consumismo.

Ahora bien, si bien la globalización se puede explicar a partir de lo mencionado en el párrafo anterior, Roche (2006) añade que los mega eventos deportivos también se ven atravesados por lo que llama “globalización compleja”. Los elementos de complejidad se vislumbran en contraste con las tesis más comunes de la globalización. Frente al determinismo tecno económico, existe la posibilidad de la agencia colectiva por parte de grupos políticos y culturales diversos; frente a la estandarización, la globalización compleja puede involucrar diferenciación y particularización, tanto en los agentes como en su espacio; frente a la compresión espaciotemporal, la reconstrucción de las diferencias.

Siguiendo la línea del párrafo anterior, se encuentra que los efectos de la globalización pueden explicarse e interpretarse de formas diversas. Es bajo dicha aceptación que surgen dos perspectivas útiles para la comprensión de los mega eventos deportivos. Estas son las ideas de lo glocal y lo grobal, así como sus procesos respectivos de glocalización y grobalización.

Continuando con las categorías señaladas arriba, se entiende que lo glocal implica la integración de lo local y lo global, mientras que lo grobal es el desbordamiento de lo global en lo local en contraposición a la dinámica de integración. En la práctica y la organización del deporte lo glocal parte de la interpretación, modificación o adaptación de las influencias globales en la vida diaria (Nixon II, 2015). Tal como sucedió con la modificación del fútbol de origen inglés convertido en fútbol americano en Estados Unidos (Markovits, 2010). Esta tendencia, por tanto, implica

el reconocimiento de los espacios locales como partícipes de la globalización y a los agentes locales como actores activos dentro del entorno global y, por ende, también deportivo (Robertson, 1995). En cuanto a lo global, se dice que se concentra en los apetitos imperialistas, tanto de actores públicos como privados, de imponerse en diversas áreas geográficas. Asimismo, la globalización se puede asociar con la proliferación de formas sociales creadas y controladas de forma centralizada y desprovistas de contenido sustantivo distintivo (Ritzer, 2003).

Conforme a estas definiciones se permite realizar un cambio de perspectiva en las tensiones que provoca la globalización. Es decir, se pasa de la relación global-local a la relación glocal-global (Andrews & Ritzer, 2007). Esta nueva relación presenta un panorama en el que la regla es la difuminación de lo que se considera local en favor de lo glocal. No obstante, este continuo que coloca en cada extremo lo global y lo glocal no podrá ser totalizante. Esto es, dado que el establecimiento de una monocultura global, en el deporte o en otros aspectos de la vida social, se antoja un escenario improbable, cabe la expectativa de que las fuerzas locales y globales se mantengan presentes en la configuración del mundo (Andrews & Ritzer, 2007). Se debe mencionar, acerca de lo anterior, que la presencia de particularidades locales se explica por el hecho de que ningún poder es capaz de erradicar las expresiones de resistencia y transgresión. Todo conjunto normativo, explícito o implícito, tiene inoculada la posibilidad de que no se lleven a cabo sus prescripciones, es decir, su incumplimiento.

En suma, los mega eventos deportivos, tales como los Juegos Olímpicos suponen la reorganización del espacio urbano causando que por su paso se construya una ciudad itinerante que partirá con implicaciones inciertas una vez terminado el mega evento para comenzar a instalarse en la próxima sede. Recordando a Gramsci la hegemonía es una relación en flujo constante en donde existen luchas y conflictos entre gobernantes y subalternos, así como luchas y conflictos en el seno de cada grupo. Por tanto, vale la pena adentrarse en las interacciones dentro de este ecosistema deportivo global para averiguar sus implicaciones y singularidades.